

O. HENRY

EL REGALO DE NAVIDAD

EL REGALO DE NAVIDAD **(O. Henry)**

Un dólar y ochenta y siete centavos. Era todo. Y setenta de los centavos reunidos en peniques. Peniques ahorrados discutiendo con el almacenero, el verdulero y el carnicero, hasta que ella, la silenciosa implicación de avaricia que aquel ávido regateo implicaba, le hacía arder las mejillas. Delia contó tres veces el dinero. Un dólar con ochenta y siete centavos. Y al otro día era Navidad.

Evidentemente, sólo podía echarse sobre el mísero lecho y llorar. Y eso fue lo que hizo Delia. Lo cual provoca la reflexión moral de que la vida está compuesta de sollozos, resoplidos y sonrisas, predominando los resoplidos.

Mientras la señora de la casa pasa gradualmente de la primera etapa a la segunda, echemos un vistazo a su hogar. Era un departamento amueblado de los que cuestan ocho dólares a la semana. No se puede decir precisamente que fuese algo indescriptible, pero merecía ser clasificado por la policía como refugio de pordioseros.

En el rellano del primer piso había un buzón en el cual no podía echarse ninguna carta, y un timbre eléctrico al cual ningún dedo mortal sería capaz de arrancar un sonido. También pertenecía al departamento una placa que ostentaba el nombre de “Sr. James Dillingham Young”.

Aquella placa había nacido a las caricias de la brisa de un periodo anterior de prosperidad, cuando a su dueño le pagaban treinta dólares a la semana. Ahora que sus ingresos se habían reducido a veinte, las letras del apellido “Dillingham” estaban borrosas, como si pensaran seriamente en ajustarse a una modesta y humilde “D”. Pero siempre que el señor James Dillingham Young regresaba a su hogar y entraba en su departamento del primer piso, lo llamaban “Jim” y era calurosamente abrazado por la señora Dillingham Young, quien ya ha sido presentada al lector con el nombre de Delia. Y todo esto está muy bien.

Delia dejó de llorar y se retocó las mejillas con una borla de cisne. Se detuvo frente a la ventana y miró con tristeza a un gato gris que caminaba sobre una tapia gris en un patio gris. Al otro día era Navidad y ella solo disponía de un dólar con ochenta y siete centavos para comprar un regalo a Jim. Había ahorrado los peniques posibles durante meses y ese era el resultado. Con veinte dólares a la semana no se llega muy lejos. Los gastos fueron superiores a lo calculado, como siempre. Sólo un dólar con ochenta y siete centavos para comprar un regalo a Jim: su Jim. Había pasado muchas horas felices imaginando algo bonito para él. Algo bello y raro. Algo auténtico... Algo digno, una pizca digno del honor de ser poseído por Jim.

Entre las ventanas del cuarto había un espejo de pared, alto. Quizás ustedes sepan cómo es un espejo de pared en un departamento de ocho dólares. Alguien muy delgado y ágil podría obtener, mirando su imagen en una

rápida sucesión de tiras longitudinales, una idea bastante exacta de su aspecto. Como Delia era esbelta, logró dominar aquel arte.

De pronto se alejó de la ventana y se paró frente al espejo. Sus ojos brillaban, pero a los veinte segundos su tez perdió el color. Con gesto rápido se soltó la cabellera y la dejó caer cuan larga era.

Ahora bien, James Dillingham Young y su mujer estaban orgullosos de dos cosas: del reloj de oro de Jim que había sido antes de su padre y de su abuelo, y del cabello de Delia. Si la reina de Saba hubiese habitado en el apartamento situado al otro extremo del rellano, Delia habría colgado algún día su cabellera fuera de la ventana para que se secase y para demostrar así que desdeñaba las joyas y los lujos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el portero y cuantos tesoros poseía hubieran estado amontonados en el sótano, Jim habría sacado siempre el reloj al pasar frente a él, sólo para ver cómo se mesaba la barba de envidia.

Así que, ahora, la cabellera de Delia cayó ondulante sobre sus hombros, brillando como una cascada de pardas aguas. Era casi como un vestido, al llegarle más debajo de las rodillas. Y, entonces, Delia lo recogió de nuevo nerviosa y ágilmente. Por un momento se sintió desfallecer y se quedó inmóvil mientras un par de lágrimas mojaban la raída alfombra roja.

Luego, se puso la vieja chaqueta marrón y el viejo sombrero marrón. Todavía con aquel brillante fulgor en los ojos y un revuelo de faldas, salió nerviosamente del departamento y descendió por las escaleras a la calle.

Poco después se detuvo frente a un letrero que decía: "Madame Sofronie. Cabellos de todas clases". Delia subió corriendo un tramo de la escalera y se paró, jadeante. Madame Sofronie no parecía la misma del letrero. Era más blanca, más fría.

—¿Me compra mi cabello? —pregunto.

Compro cabello —dijo madame—. Veámoslo. Quítese el sombrero.

Delia dejó caer la cascada de sus cabellos castaños.

—veinte dólares —dijo Madame, sopesando la masa con mano experta.

—Démelos pronto —dijo Delia.

¡Ah! Y qué velozmente transcurrieron las dos horas siguientes, como sobre rosadas alas. Perdonen la fácil metáfora. Delia se dedicó a fisgonear los bazares, buscando el regalo para Jim.

Por fin lo encontró. Sin duda, aquello lo habían fabricado para Jim y para nadie más. En ningún otro bazar había nada comparable. Y ella los había registrado todos. Era una cadena de reloj, de platino, muy sencilla, de diseño humilde, que proclamaba su valor con su mero metal, sin necesidad de ninguna ornamentación, como sucede con todas las cosas de valor real. Era una cadena digna del reloj. Apenas la distinguió, Delia supo que debía ser para Jim. Se parecía a él: poseía valor y serenidad, ambos términos aplicables a los dos. Valía veintiún dólares y volvió a casa, precipitadamente, con los ochenta y siete centavos. Con aquella cadena en su reloj, Jim podía demostrar una justificada ansiedad por saber la hora en compañía de cualquiera. Porque, aunque el reloj

era estupendo, Jim siempre lo miraba a hurtadillas a causa de la desgastada correa de cuero que usaba como cadena.

Cuando Delia volvió a su hogar, su embriaguez cedió el paso, en parte, a la prudencia y la razón. Encendió el gas y tomando las tenacillas del cabello se dispuso a reparar, en parte, los estragos causados por la generosidad añadida al amor. Lo cual siempre es una tarea terrible, queridos amigos...Una tarea mastodónica.

En menos de cuarenta minutos, su cabeza se cubrió de apretados y diminutos rizos que le hacían parecerse a un estudiante que ha faltado a clases. Se miró en el espejo larga, atenta y críticamente.

“Sí Jim, antes de mirarme por segunda vez, no me mata, pensará que parezco una corista de Coney Island, pensó. “Pero, ¿podía hacer otra cosa? ¡Oh! ¿Qué se puede hacer con un dólar ochenta y siete centavos?

A las siete de la tarde, el café ya estaba hecho y la sartén lista y caliente para recibir la carne.

Jim nunca se retrasaba. Delia apretó la cadena del reloj que sostenía en su mano y se sentó junto a una esquina de la mesa, próxima a la puerta por la que entraba siempre Jim. Después oyó sus pasos en la escalera en el primer rellano y se puso pálida por un primer momento. Tenía el hábito de decir mudas plegarias por las cosas sencillas y cotidianas y murmuró.

–Dios mío, te lo ruego. Haz que rea que todavía soy bella.

La puerta se abrió y Jim entró cerrándola tras él. Estaba delgado y serio. Pobre muchacho... ¡Tenía sólo veintidós años y ya sobrellevaba una carga familiar! Carecía de guantes y necesitaba un abrigo nuevo.

Jim franqueó el umbral, impertérrito, como un perdiguero que está sobre la pista de una codorniz. Clavó su mirada en Delia con una expresión que su esposa no pudo descifrar y aquello la aterrorizó. No era ni enfado, ni ira, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos que creyó leería en su rostro. Sólo sentía que su esposo la miraba fijamente con aire extraño.

Delia se levantó nerviosamente y se acercó a él.

–Jim, querido mío –gritó–. Me he cortado el pelo. No me mires así. Lo vendí porque quería hacerte un regalo de Navidad. No te importa, ¿verdad? ¡Volverá a crecer! ¡Tuve que hacerlo! El cabello me crece con mucha facilidad. ¡Dime, “Feliz Navidad”, Jim, y seamos felices! No puedes imaginarte qué bonito... ¡qué precioso regalo te he comprado!

–¿Te has cortado el cabello? –murmuró Jim con pena, como si después de una intensa tarea mental sólo fuese capaz de advertir aquel hecho tan evidente.

–Me lo he hecho cortar y lo vendí –añadió Delia–. De todos modos, no te gusto lo mismo, aunque sin mi cabello, sigo siendo la misma ¿verdad?

Jim paseó la mirada por el cuarto con curiosidad.

–¿Dices que te has quedado sin tu cabello? –preguntó con aire casi tonto.

–Lo he vendido, te digo –repuso ella–. No lo busques...Vendido para siempre. Es Nochebuena, chico. Lo he vendido por ti, sé bueno conmigo. Tal vez mis cabellos fuesen importantes, pero más importante aún es el amor que te tengo –prosiguió la muchacha con repentina y grave dulzura–. ¿Pongo la carne al fuego, Jim?

Pasada su impresión del primer momento, Jim pareció despertar rápidamente y abrazó a Delia. Durante diez segundos miremos en dirección opuesta a algún objeto sin importancia. Ocho dólares semanales o un millón anual...¿qué importa? Un matemático o un hombre de ingenio nos daría una respuesta errónea. Los Reyes Magos trajeron regalos muy caros, pero aquel no estaba entre ellos. Luego explicaremos mejor este oscuro aserto.

Jim extrajo un paquete del bolsillo de su abrigo y lo arrojó sobre la mesa.

–No te formes una idea equivocada de mí, Delia, –dijo–. Ningún corte de cabello será capaz de hacerme querer menos a mi mujercita. Pero cuando abras ese paquetito, comprenderás por qué me desconcertaste tanto en el primer momento.

Los pálidos y ágiles dedos de Delia retiraron la cuerda y el papel. Y entonces, dio un grito de alegría; y luego...¡ay!, pasó en rápida transición femenina a las lágrimas y los gemidos, lo cual motivó al señor del apartamento el inmediato uso de todas sus facultades consoladoras.

Porque frente a Delia estaban las peinetas: el juego de las peinetas que admiró durante mucho tiempo, en un escaparate de Broadway. Un par de bellas peinetas de auténtico carey, de bordes adornados con piedras preciosas y un tono de color adecuado para armonizar perfectamente con su hermoso y desaparecido cabello. Su corazón había ansiado aquel par de peinetas de lujo sin tener la menor esperanza de poseerlas algún día. Y ahora las tenía; pero las trenzas que debían adornar las codiciadas peinetas habían desaparecido.

No obstante, Delia las oprimió contra su pecho y por fin, tras mirarlas, pudo decir con una sonrisa y ojos empañados por las lágrimas:

–Jim, mi cabello crece muy deprisa.

Y tras saltar como un gatito chamuscado exclamó:

–¡Oh, oh!

Jim no había visto aún su bello regalo. Ella lo depositó con vehemencia sobre la abierta palma de la mano. El valioso y opaco metal fulguró como un reflejo del alegre y apasionado espíritu de Delia.

–¿Verdad que es maravillosa, Jim? Recorrí toda la ciudad para encontrarla. Ahora podrás mirar la hora cien veces por día. Quiero ver cómo sienta la cadena al reloj. ¡Dámelo!

En lugar de obedecer, Jim se dejó caer sobre el sofá y se pasó las manos por la nuca. Sonrió.

–Dejemos por el momento nuestros regalos de Navidad, Delia –dijo–. Son demasiado hermosos para usarlos ahora. Guardémoslos. Necesitaba dinero para comprarte las peinetas, por eso...¡vendí el reloj! Y ahora...¿no crees que podríamos poner la carne al fuego?

Los Reyes Magos, como ustedes sin duda saben, eran unos señores muy sabios –maravillosamente sabios– que ofrecieron regalos al Niño en el pesebre. Inventaron el arte de ofrecer regalos de Navidad. Como eran sabios, sus presentes fueron, sin duda, los más sabios y tal vez tuvieran el privilegio de poder ser cambiados en caso de resultar repetidos. Y aquí, torpemente, les he contado a ustedes la tranquila historia de un par de chicos atolondrados que vivían en un apartamento y que sacrificaron imprudentemente, el uno por el otro, los tesoros más grandes que poseían.

Pero para terminar, digamos a los sabios de hoy en día que, de todos los que hacen obsequios, esos dos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, los más sabios son los seres como Jim y Delia. Ellos son los Reyes Magos.